

CAPITULO CCLXIV.

Muerte de Turena.—Trátase de la paz.—Campana de 1676.—Desastres de los españoles en Cataluña.

Más famosa fué la campaña de 1675 en Alemania, no por las conquistas ni resultados importantes que pudiera tener, sino por ser mandadas las fuerzas francesas por Turena y las imperiales por Montecuculi.

Probados ambos generales, experimentados en todos los arduos de la guerra, si Turena era una especialidad para la eleccion de posiciones, para burlar todas las asechanzas del enemigo y evitar los combates cuando no le convenia entablarlos, el general de los alemanes era tambien una especialidad por el tino y la discrecion de que dió pruebas durante sus marchas, por el modo ingenioso con que sabía conducir sus tropas a la vista siempre de un enemigo vigilante y atento.

Precisamente de uno y de otro se han hecho los mayores elogios y se han formado los mejores juicios.

De Montecuculi se ha dicho siempre que no ha tenido imitador para organizar una marcha y conducir un ejército, fuese el que quisiera el país en que se encontrase, y á su vez de Turena se ha dicho tambien «que sabía retroceder como Fabio y avanzar como Anibal.»

Amigo éste de inspeccionarlo todo y de hacerse cargo con entera exactitud de la posicion que ocupaba su adversario, precisamente esto fué la causa de su muerte.

Puesto su ejército frente á frente de los alemanes, en ocasion que estaba dando sus disposiciones para la posicion de una batalla, alcanzó una bala de cañon que le dejó muerto en el acto.

Este suceso, que tuvo lugar el día 29 de julio de 1675, llenó de consternacion á sus tropas y de dolor á toda la Francia.

El ejército frances principió á retirarse inmediatamente, y aun cuando los imperiales le persiguieron pasó el Rhin, llegando á penetrar en la Alsacia; mas no por esto le fué posible sostenerse en este sitio.

La pérdida de Turena fué un golpe importante para la Francia, que lo mismo que las demas potencias deseaba que se efectuase la paz, mas á pesar de esto aparentando lo contrario oponia siempre dificultades, especialmente respecto al sitio en que debía verificarse la reunion para tratar de ella.

Sin embargo, vencieron por último estas dificultades, quedando convenido que fuese la plaza de Nimega el sitio en donde debían reunirse los representantes de las potencias, y cada una de éstas envió allí sus plenipotenciarios, en diciembre de aquel mismo año.

Parecía natural que en vista de esto quedasen en suspenso las hostilidades, mas por el contrario, como si aquellos tratos no existiesen, Luis XIV, tomando el pretexto de que era menester obligar á los enemigos de la paz á que no turbasen aquellas conferencias, reforzó sus tropas, y en el siguiente año de 1676 cuatro cuerpos de ejército presentaron en campaña.

El duque de Luxemburgo mandaba el Rhin; Noailles mandaba el del Rosellon y Cataluña; el del Mosa estaba bajo las órdenes del mariscal de Rochefort, y el mismo Monarca quedaba al frente del cuarto, compuesto de cincuenta mil hombres, teniendo por lugartenientes al duque de Orleans y á los mariscales de Crequy, Schomberg, Humières, la Feuillade y Lorges.

La plaza de Condé, en Flándes, fué precisamente la que primero sufrió el ataque de este ejército, y aunque el príncipe de Orange y el duque de Villahermosa se dirigieron en socorro de la plaza, la guarnicion, sin poderse resistir por más tiempo, capituló en el mes de abril.

Al mes siguiente eúpole igual suerte á la plaza de Bouchain, y sin detenerse un momento recorrió el Monarca todo el país desde Valenciennes hasta Quievray, talándole por completo, despues de lo cual, al terminar el mes de julio, regresó á Francia dejando el mando de las tropas confiado á Schomberg.

En el Artois, el mariscal de Humières puso sitio á la ciudad de Ayre, apoderándose de ella á pesar de los esfuerzos que para impedirlo hizo el duque de Villahermosa; y el príncipe de Orange, á su vez, embistió enérgicamente la importante plaza de Maëstrick al frente de un ejército que se componia de holandeses, alemanes, españoles é ingleses.

Defendiéronse con obstinacion los sitiados, pero sin que por ello cediesen los bríos de los sitiados, cada fuerte, cada bastion, cada reducto, era objeto de un sangriento y porfiado combate.

Próxima estaba ya la rendicion cuando la llegada de Schomberg inutilizó todos los esfuerzos hechos por los sitiadores.

Estos no tuvieron otro remedio que levantar el cerco en agosto de 1676, siendo la direccion de esta retirada por parte del Statu-der una de las operaciones de mayor mérito en la campaña, toda vez que hubo de aguzar su ingenio á fin de ir burlando con arduos y estratagemas á un enemigo que le iba amenazando constantemente.

La rendicion del fuerte de Livick por el mariscal Humières y la del castillo de Bouillon por el de Crequy pusieron término por aquel año á la campaña de Flándes.

No les había ido tan bien á los franceses en Alemania, pero sin embargo, para que no se dijera que la fortuna les había abando-

nado por completo, el duque de Luxemburgo se apoderó de la ciudad de Felzburg, y el duque de Lorena, que reemplazó al famoso Montecuculi en el mando del ejército alemán, creyendo haber hecho ya lo suficiente se retiró en octubre de 1676 á sus cuarteles de invierno, mientras que el enemigo establecía sólidamente sus tropas en la Alsacia y en la Lorena.

Entre tanto en la parte del Rosellon y Cataluña combatábase incesantemente.

La lentitud que se observaba en las operaciones llevadas á cabo en Alemania ó en Flándes, no existía por ningun estilo en el Principado.

Hijo sin duda del carácter de estos naturales, ni se abatían por los reveses, ni dispuestos se mostraban á ceder el campo á sus contrarios sin resistir hasta el último momento y sin hacer hasta el postrer sacrificio.

Conocedores del terreno, avezados á aquella clase de guerra de sorpresas y amenazas, para la cual las mismas condiciones del país les ofrecen inapreciables ventajas, tenían en perpetua alarma á los franceses, no les dejaban descansar un momento, y les causaban pérdidas de gran consideracion.

El mariscal de Noailles, á los quince mil hombres franceses de que podía disponer, agregó fuerzas del país que organizó de la misma manera en que lo estaban las leales, á fin de alcanzar algun mejor resultado.

Su objeto era oponer á los migueletes otras compañías de la misma clase, á ver si de este modo conseguía evitar aquel incesante ataque que tantas pérdidas le acasionaba.

A fines de abril de 1676 pasó revista á sus tropas, y una vez verificado esto, desconfiando de la guarnicion de Bellegarde, con la cual anduvieron en tratos los españoles, cambiola inmediatamente, y entrando en el Ampurdan por la parte del Coll de Pertus, se apoderó de Figueras.

Buena presa fué la de esta plaza, toda vez que en ella hizo prisionero un tercio catalan, sin que se le escapara un solo hombre, sirviéndole ademas de depósito de viveres y punto importante para en caso de retirada, prosiguiendo su marcha más envalentonado con el triunfo que acababa de obtener.

Los soldados reunidos bajo el amparo de Gerona, gente nueva toda ella, sin práctica ninguna en las empresas belicosas, no se manifestó muy dispuesta á hacer frente al experimentado mariscal frances y á su aguerrido ejército, y aun cuando hicieron algun movimiento de avance para salir á su encuentro, separándose hasta más de dos leguas de los muros de aquella ciudad más bien para hacer un reconocimiento que para atacarles, tan luego supieron que un cuerpo de tropas francesas se dirigía sobre ellos apresuráronse á retroceder precipitadamente buscando el amparo de los muros de la ciudad.

Noailles había juzgado fácil de exterminar aquel conjunto de gente bisona é inexperta, y en esta confianza iban sus soldados, pero la prudente retirada de los españoles evitó que sufriendos un nuevo desastre.

El mariscal Cabaux recibió entónces la orden de exterminar á todo trance á aquellos migueletes que con sus rápidos movimientos, sus inesperadas sorpresas y su bien organizado espionaje apénas le dejaban sosegar, como había sucedido con sus antecesores, y se le confió toda la caballería y una buena division de infantería.

Pero su empeño quedó completamente defraudado.

Cabaux, á pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió nada contra un enemigo que conociendo el terreno breña por breña y sendero por sendero, subdividiéndose cuando estaba á punto de ser alcanzado, burlaba los cálculos, frustraba todas las combinaciones y le atacaba por la espalda cuando él estaba muy seguro de llevarlos delante de sí.

Las comunicaciones estaban interceptadas, los convoyes ó no se recibían á tiempo ó caían en poder de aquellas partidas, que con una audacia extraordinaria cada día se mostraban más imponentes, y finalmente el Mariscal no tuvo otro remedio que renunciar á su empresa, á pesar del ridículo que comprendía iba á caer sobre él.

En su consecuencia emprendió la retirada costándole sumo trabajo librarse de aquellos migueletes que le perseguían á su vez, y que aumentaban el pánico entre los suyos.

Por el mes de julio de 1676 el ejército de Noailles quedó disminuido en cuatro mil hombres que hubo de enviar á Sicilia, y comprendiendo que sus fuerzas no eran á propósito para intentar ningun golpe decisivo, adoptó una línea de conducta prudente que causó daños de consideracion al país.

Manteniendo sus tropas á costa de éste, puede comprenderse fácilmente las vejaciones que experimentarían los pueblos, y al aproximarse la temporada de invierno las distribuyó de un modo conveniente para que pudiesen ayudarse en caso necesario, y desde Perpiñan, donde él se retiró, hacia de cuando en cuando algunas correrías por nuestro territorio, correrías que siempre dejaban tristes y dolorosas huellas.



J. SERRA, LA.

LI. VIDAL, DImo, 27

DEFENSA DE PUIGCERDÁ

CAPITULO CCLXV.

Campanas de 1677 y 78.—Defensa de Puigcerdá.—Derrota de los holandeses en Cassel.—Combate de Mons.

La campaña de 1677 fué para los españoles ménos afortunada que la anterior en Cataluña.

Había sucedido en el vireinato al marqués de Cerralvo, el príncipe de Parma y á éste, á poco tiempo, sin causa que pueda justificarlo, substituyó el conde de Monterey que, como en nuestros anteriores capítulos dejamos dicho, había sido gobernador de Flándes durante algun tiempo.

Habíase propuesto la corte española hacer un esfuerzo superior para terminar la guerra en el Principado que tantos perjuicios ocasionaba, y á tal objeto determinó enviar á Cataluña las tropas que destinaba á Sicilia.

Los mismos catalanes haciendo por su parte cuanto podían, ofrecieron un donativo para gastos de guerra, y muchos grandes y nobles castellanos tomaron las armas con el mayor entusiasmo; mas procedióse con tanta lentitud, que hasta fines de junio no pudo ponerse en marcha el virey.

Hízolo entonces con un ejército de doce mil hombres llevando por maestro de campo general á D. José Galceran de Pinós, experimentado en esta clase de empresas.

Marchó Monterey hacia el Ampurdan con propósito de atacar al mariscal de Noailles que infestaba aquella comarca, asolando y saqueando los pueblos.

El general frances previno ocupando ventajosas posiciones al pié de una colina en las orillas del río Orlina; pero sin desanimarse por ello Monterey, acampó con sus tercios á tiro de cañon proximalmente del enemigo.

En aquellas posiciones respectivas permanecieron ambos ejércitos algunos días, observándose y haciendo algunas evoluciones, mas sin atacarse.

Por fin el 4 de julio el frances levantó sigilosamente el campo y fué retirándose seguido de los españoles, que vieron llegado el momento de cubrirse de gloria, humillando las armas de los que hacia tantos años que se paseaban triunfantes por Europa.

Los nobles españoles, impacientes por venir á las manos con los franceses se adelantaron con poco orden, y al verlo el mariscal de Noailles ordenó que volviera atras la artillería y disparase contra la vanguardia española que atacaba á su retaguardia.

Con este motivo se trabó una sangrienta pelea que duró cinco ó seis horas en la cual la imprudente é inexperta nobleza pagó cara su ciega confianza y su impetuoso ardor.

Guiaba la vanguardia el duque de Monteleon, que cayó mortalmente herido; sucumbió allí el joven marqués de Funes; murió tambien el vizconde de San Jorge y otra multitud de caballeros españoles y alemanes.

Cuando el de Monterey observó el estado de la lucha puso sus tercios en buen orden y avanzó, recogiendo la destrozada vanguardia; hizose general el combate y Noailles se retiró hacia el Rossellon.

Por una y otra parte se sufrieron grandes estragos, unos y otros tuvieron sensibles é importantes pérdidas, mas resultados positivos, ninguno.

En Barcelona y en Madrid solemnizaron el éxito de esta batalla cual si el triunfo hubiese sido de ambos, pero de aquí no pasó, puesto que, como ya hemos dicho, no se tocaron otros resultados que las pérdidas que hubo por ambas partes.

La campaña de 1678 emprendióla el frances reforzando su ejército hasta poder presentar un efectivo de veinte mil hombres, con los cuales, penetrando por la Cerdaña, fué á poner sitio á la importante plaza de Puigcerdá.

Dos mil hombres y setecientos paisanos armados tenía bajo sus órdenes el valiente gobernador D. Sancho Miranda, y con este escaso número sostúvose de tal manera por espacio de un mes, que sus mismos adversarios estaban admirados.

Diéronse repetidos asaltos, abriéronse brechas, voláronse minas, pero sin decaer un momento el ánimo de los sitiados; cuanto más acosados se veían mayores bríos mostraban.

El conde de Monterey púsose en movimiento con trece mil hombres, siendo opinion general que se dirigía en socorro de la plaza, pero contra todas las presunciones contentóse con establecer su campo frente al de sus enemigos, sin atreverse á atacarles, y á los pocos días se retiró, dejando abandonado al gobernador y á sus soldados á su suerte.

En vano fué que el valiente defensor de Puigcerdá intentara prolongar la resistencia despues del abandono en que había quedado; no tuvo otro remedio que capitular, y lo hizo el 28 de mayo de 1678 bajo las condiciones honrosas á que se hizo acreedor por su heroica defensa.

Inmediatamente apresuróse el frances á guarnecer convenientemente aquella plaza, despues de lo cual volvió á retirarse al Rossellon donde permaneció hasta setiembre que entró de nuevo en Cataluña, permaneciendo dos meses entre el Ampurdan y la Cerdaña, sacrificando aquellas comarcas, puesto que estuvieron viéndose á sus espensas y sin intentar ni llevar á cabo ningún hecho de armas notable.

Poco despues, sabedor el mariscal frances de que estaba próximo

á ultimarse el tratado de paz general, ordenó la destruccion de los fuertes de Puigcerdá y de otros castillos que poseía á fin de que no pudieran aprovecharlos los españoles en el caso de nueva campaña.

Miéntas tenian lugar estos sucesos, Luis XIV obrando con la falacia y la doblez que le distinguian, al mismo tiempo que enviaba embajadores á Nimega, inauguraba la campaña de Flándes con la rendicion de Valenciennes, en la cual se creyó habian mediado secretas inteligencias con los defensores; siguió despues la de Cambray, y finalmente, el duque de Orleans, hermano del Monarca, derrotó al ejército del príncipe de Orange, dejándole cinco mil hombres fuera de combate y apoderándose de su artillería, arrastrando esto consigo la capitulacion de Saint-Omer, á la cual tenía puesto sitio hacia algun tiempo.

Derrotado el de Orange en Cassel, pero no abatido, reunió sin pérdida de momento todas sus tropas consiguiendo formar un cuerpo de cincuenta mil hombres, y por medio de un ardid fué á caer sobre la plaza de Charleroy.

Mas no tuvo presente que se le estaba vigilando, y los mariscales de Luxemburgo y de Humières, por medio de una rápida marcha, acudieron en socorro de la plaza, obligándole á levantar el sitio el día 14 de agosto de 1677.

Y precisamente en esta ocasion el general español duque de Villahermosa, aconsejaba lo contrario al Estatuder, pues confiaba en el éxito, pero éste prefirió retirarse, habiendo quedado defraudada su empresa.

En cambio el duque de Luxemburgo en el mes de diciembre se hizo dueño de la plaza de San Guillaín, con cuyo hecho de armas se dió por terminada la campaña, que como se ve tan desfavorable había sido para los españoles.

Entónces no hubo otro remedio que hacer un nuevo tratado entre España, Holanda é Inglaterra, el cual se firmó en La Haya en 16 de enero de 1678, y en virtud de él las tropas inglesas que estaban al servicio de Francia fueron retiradas, y la Inglaterra suministró á los aliados una escuadra compuesta de ochenta buques con treinta mil soldados.

Puede comprenderse bien que Luis XIV no dejaría de ver la nube que se estaba formando, y que viéndola, procuraría por todos los medios deshacerla.

Para esto era menester principiár por ofrecer partido tan ventajoso á Holanda que ésta halagada se separase de la confederacion, y de este modo sería más fácil entenderse despues con las demas potencias.

Al mismo tiempo, como que su objeto era el de aterrar á España con uno de esos grandes golpes de efecto que él sabía preparar y llevar á cabo, reunió sus ejércitos y les dió órdenes reservadas y por medio de movimientos misteriosos y hasta contradictorios, desconcertó por completo á sus enemigos.

De aquí la sorpresa experimentada por el duque de Villahermosa que gobernaba en los Países Bajos, al saber que al mismo tiempo las plazas de Iprés, Namurs, Luxemburgo y Mons eran atacadas por los franceses.

Gante, cuyo gobernador era el español D. Francisco Pardo, oficial tan prudente como valeroso, fué atacada por Humières en marzo de 1678, y este ataque fué como el de las plazas anteriormente mencionadas, sin poderse prever y sin contar con elementos para contrarrestarle.

Sin embargo, no se aterró por ello el valiente español ni se rindió sin combatir.

Hallábase sin soldados pero con los escasos que tenía hizo prodigios de valor, y despues de infundirles sus poderosos bríos abrió las esclusas é inundó todo el país.

Mas de nada le sirvió, y falto de medios para defenderse no tuvo otro remedio que capitular con las mayores ventajas posibles.

No tuvo mejor suerte la plaza de Iprés. El mismo Luis XIV dirigió los trabajos de sitio, y el 25 de marzo cayó en su poder.

Semejantes operaciones no pudieron ménos de indignar á los ingleses, porque esto había sido faltar al compromiso contraído por Francia de respetar la Flándes española, y el Parlamento puso empeño en que se le declarara la guerra.

Cárlos II con una indolencia extraordinaria, tal vez por no salir de la galante existencia que llevaba, ó quizas por las simpatías particulares que pudiera inspirarle Luis, fué dilatando este paso cuanto pudo, hasta que finalmente, en 9 de mayo lo hizo con tan poca oportunidad, que ya no pudo en nada ser beneficioso á los aliados.

Las negociaciones para la paz estaban bastante adelantadas y los holandeses especialmente cansados de la guerra, mostrábase muy dispuestos á poner término á ella.

Sin embargo, no por eso se suspendieron las operaciones.

En agosto de 1678 todavía hubo en las inmediaciones de Mons un sangriento combate entre los franceses y los aliados, combate que habiendo quedado indeciso dejó suponer que al día inmediato proseguiría; mas durante la noche ambos beligerantes recibieron la noticia de que ya se había firmado la paz.



J. SERRA LIT.

L. VIDAL D'IMO 27.

COMBATE NAVAL DE MESINA.